

QUÉ TAN CIBORG SOY

González, Maria Emilia^a

^a *Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba*

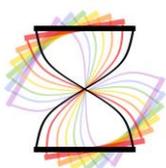
Ante este concurso literario, me pregunté sobre qué podía hablar, tuve muchísimas ideas cuando la profesora Minhot nos propuso este ensayo, y me entusiasmó tanto tener la posibilidad de poder ser parte, y de expresar un pedacito de mi vivencia ante ciertas cosas en las que me sentí como un ciborg, pero no asumido, sino más bien como un ciborg desde las sombras hasta que pude realmente salir. Sin embargo, a la hora de poner en palabras mis pensamientos, me surgió la duda de cómo podría empezar, y si realmente valdría la pena volcar todas mis ideas en una hoja; esquivé y esquivé el tema hasta que me di cuenta de que sí quería hacerlo, pero me daba miedo. ¿Miedo a qué? Me pregunté, tal vez miedo a poner en palabras en qué situaciones me siento en la frontera de cosas... O quizá sea vergüenza, ¿vergüenza? ¿A qué? Tal vez me di cuenta de que sí tengo vergüenza en aceptar ciertas fronteras de las que me siento parte y de que nunca las había pensado de esa forma.

Ante este panorama, tenía sentimientos encontrados: por un lado, me asustaba la idea de enfrentarme a ese miedo que le tengo a expresarme y escribir al respecto, pero por otro me entusiasmaba tantísimo la idea de compartir algo que tuve tan reprimido que quizá sí valdría la pena; así que comienzo este ensayo con miedo, pero feliz de poder tener el lugar para hacerlo. Haraway, en su texto *Manifiesto ciborg* (2015), plantea una especie de criatura que vive sobre fronteras, esta idea surge en la década de los 80, cuando la tecnología se había apoderado de

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2

Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



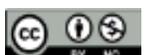
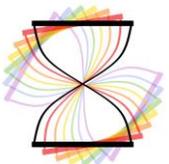
la pantalla grande y surgían películas futuristas como por ejemplo RoboCop. Es una estrategia retórica en las que se le acoplan contradicciones y se mantienen cuestiones que se veían incompatibles. Creado por la autora, este organismo cibernético, llamado ciborg, es un ser que viene a mostrarnos una forma de construcción imaginativa, afirmando que las fronteras son una ilusión óptica, son un engaño, una especie de trampa para el ser humano. Este ciborg es una mezcla de máquina con organismo, que forma parte tanto de nuestra realidad social como corporal. Es un mito político que va a reunir elementos del feminismo, el socialismo y el materialismo. Se va a oponer a una costumbre llevada a la moral que ha sido dominante desde hace mucho tiempo. La autora con esta idea ambiciona un mundo sin fronteras, en donde el ciborg representa un mundo postgenérico (sin género) ya que las fronteras marcadas en el género hombre-mujer comienzan a ser difusas y se acude a la responsabilidad como recurso. El ciborg es un ser con características utópicas, parcial, donde se encuentra la intimidad y la oposición, viene a demostrar que las fronteras o las dicotomías son recursos entre ellas. La autora intenta despertar una nueva conciencia en donde, además, esta criatura cibernética viene a mostrar que puede desarrollarse un nuevo pensar en donde la resistencia aparece como un mito.

El ciborg se sitúa decididamente del lado de la parcialidad, de la ironía, de la intimidad y de la perversidad. Es opositivo, utópico y en ninguna manera inocente. Al no estar estructurado por la polaridad de lo público y lo privado, define una polis tecnológica basada parcialmente en una revolución de las relaciones sociales en el oikos, la célula familiar (Haraway, 2015: 5)

Además, pone énfasis sobre un **nosotras**, en donde nombra el término *afinidad* como una relación por *elección*. No somos idénticas, en el sentido de que tenemos alguna esencia o rasgos que nos unifican. Afirma que hay que salir del esencialismo, ya que no hay una esencia del ser mujer, no hay un estado ni tampoco una manera natural de serlo. Y donde luego de haber pasado y estar pasando históricamente por el patriarcado, comenzamos a desarrollar varios tipos de conciencia, pero en la que se dará más énfasis será en la *conciencia de género*. Se habla de que los seres humanos no pueden evitar las clasificaciones, pero podemos ser conscientes de

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



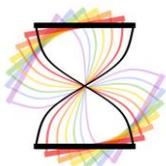
estas clasificaciones que buscan todo el tiempo fiscalizar, así podemos lograr evitar la ingenuidad y la inocencia con que nos paramos frente al mundo. Podemos así imaginar mundos posibles, de órdenes, estructuras y formas diferentes. Buscando una unidad política desde una nueva construcción, en la que podemos imaginar nuevos lazos posibles y pensar, por ejemplo, en que la categoría de *mujer* no es inocente, observando que el pensamiento crítico ante esta forma de categorizar es una forma consciente de pensar. Teniendo presente esta idea de la autora, transitaré por mi historia, contando encuentros y desencuentros en donde pasé por momentos cruciales a la hora replantearme cuestiones de mi cuerpo o por mi forma de ser ante los demás. Mis raíces son de pequeños pueblos, rodeados de campo, donde habita la tradición y ciertas costumbres que solo se mantienen bien definidas en el interior de esos lugares desconocidos por muchos. Mis padres, las personas que me educaron y a las cuales les tengo mucho afecto, fueron configurados con esa estructura, en donde habitan por excelencia las buenas costumbres y se evita hablar de cualquier cosa desconocida y que provenga de las grandes ciudades. Crecí con esa idea en la que se piensa y se llega a creer que las cosas solo son y pueden ser de una determinada manera, y como a mí me había tocado ser mujer, solo había una forma de serlo, y desde chica no estaba de acuerdo con esa imposición y sin pensarlo me resistía a tal forma, porque no me gustaba, no me sentía cómoda ni parte de eso.

Con este panorama, entonces, yo, en cierto punto, dejé de luchar con esa cosa que tenía dentro, se la puede llamar como una inconformidad conmigo y con la misma sociedad que te impone ser de cierta forma, y si no lo sos, pues no entras en ninguna, y terminas siendo etiquetada por la misma sociedad como una “rara”, un “marimacho” o demás palabras que no me gustaría ni nombrar. Así, una va creciendo y se encuentra con estas cosas, que a mi punto de vista son muy violentas, porque te encasillan con una forma de la que tienes que ser, pero no encajas ni quieres encajar, entonces, me pregunto: ¿hasta qué punto se llega a transformar a alguien, de una forma que no es, que no desea y de la que le puede generar inseguridad y angustia por el resto de su vida?

Cuando era chica, habré tenido siete años, me di cuenta de que era diferente, diferente a las demás niñas del colegio. Como era de costumbre, no le presté tanta atención porque pensé

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



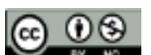
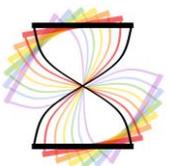
que con el tiempo a mí me iba a pasar lo mismo que a ellas, iba a ser más femenina, me iba a gustar el color rosa y entre otras tantas cosas que estaban bien vistas para una niña. A nadie le cuentan que cuando una nace y va creciendo, se va a encontrar con ciertas cuestiones que dependiendo de qué tengas bajo las piernas, vas a tener que actuar de tal o cual forma; yo lo aprendí a medida que fui creciendo, como le pasó a la mayoría, y aun así hay cosas de las que no puedo salir con respecto a esta imposición sobre cómo hay que ser si te toca “ser mujer”. Haraway (2015) habla de qué significa “ser mujer” y plantea que es más que compartir ciertas cosas como el género: está más allá de encasillarnos en un cuadro en donde tienes ciertas características de las cuales debes cumplir y no salir ... *reconocerse 'una misma' como totalmente implicada en el mundo, libera a la mujer de la necesidad de enraizar la política en la identificación, en los partidos de vanguardia, en la pureza y en la maternidad.*” (Haraway, 2015: 69)

Esa forma que tienen de encasillarnos en un lugar, en una categoría, es un método para que estemos cómodos allí y no salgamos a recorrer y observar nuevas posibilidades, nuevas ideas y pensamientos; es una forma que tienen de controlarnos y de mantenernos quietos, donde si te revelas te llegan a castigar de diferentes formas. Entonces me cuestioné: ¿por qué nosotros mismos como sociedad generamos esto y lo permitimos? ¿Qué impulsa a que lo hagamos? Me encontré con autores que la cátedra nos brindó como Foucault, Haraway, Harvey, y entre otros, que desarrollan en sus páginas esa forma represiva que tiene el poder en diferentes puntos de nuestra mente y de nuestro cuerpo, en la que funcionamos y nos hacen funcionar, en donde pude observar y ver explicada toda esta cuestión de dominio que tiene sobre nosotros como individuos y como sociedad. Leerlos y poder obtener en palabras respuestas de algunas preguntas inconclusas en mi cabeza, hicieron posible tener una mirada más crítica sobre el mundo que me rodea.

Desde otra perspectiva, un mundo así podría tratar de realidades sociales y corporales vividas en las que la gente no tiene miedo de su parentesco con animales y máquinas ni de identidades permanentemente parciales ni de puntos de vista contradictorios. La lucha política consiste en ver desde las dos perspectivas a la vez, ya que cada una de ellas revela al mismo tiempo tanto las dominaciones como las posibilidades inimaginables

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



desde otro lugar estratégico. La visión única produce peores ilusiones que la doble o que monstruos de muchas cabezas. (Haraway, 2015: 14)

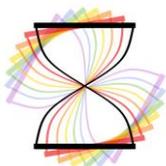
A esta forma de adoctrinamiento que venía desde más arriba que mis padres, de generaciones y generaciones, construida y aceptada sin cuestionamiento alguno, la comencé a observar y a criticar a medida que fui creciendo, en donde me encontré con muchos obstáculos y sentimientos de desprecio. Al principio, fue muy difícil ir en contra de aquello impuesto, pero ya de más grande pude luchar contra eso, para reencontrarme conmigo y decir “esto es lo que quiero ser”, donde me siento cómoda y lo que me gusta. Me puse a pensar en momentos en donde en verdad sentía que no encajaba y en los que realmente no sabía cómo hacer para encajar; al principio, me molestaban por mi forma de vestir, el tema de la ropa etiquetada para niña no me gustaba, pero mi mamá en esos momentos me imponía este tipo de ropa, y yo huía y me enojaba con ella porque la odiaba, no entendía por qué tenía que ponerme algo que no me gustaba y que no iba conmigo. Tuve muchas situaciones en las que me comparaba con las demás niñas y pensaba que no era normal y no comprendía el por qué. Y así fui creciendo, con esa vida en donde te atormentas a vos misma pensando que sos una rarita y que naciste para no encajar, pasarla mal y recibir, a veces, un poco de *bullying* de los demás.

Luego le siguió mi forma de ser, que no era lo suficientemente femenina; esa forma de ser no era meticulosa, ni delicada. Con el paso del tiempo y la llegada de mi adolescencia, llegué a aceptarlo, aprendiendo “ciertos modales” para intentar encajar un poco más y pasar inadvertida, intenté ser lo más femenina que me proponía, pero eso nunca pudo llenarme. En el transcurso del tiempo, me aferre a la religión, creo que más por imposición que porque realmente quisiera estar. Sumándole, además, que era una alumna aplicada y de buena conducta. Así, dentro mío se encontraban dos personas completamente diferentes en un mismo cuerpo, por un lado, aquella que quería ir cumpliendo a rajatabla ciertas cuestiones para no molestar a nadie ni generar conflicto alguno, y luego la otra, que, oculta entre tantas capas de mi cuerpo se podía entrever de manera confusa entre las sombras, una persona que decía lo que sentía y se seguía a sí misma sin importar lo que pensarán los demás. Claramente, por aquel momento, la persona reprimida siempre ganaba las batallas internas que se mantenían dentro de mí como una

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2

Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



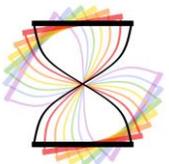
dualidad. Así, llegué hasta ser escolta de la bandera papal, que para mí disgusto, no la merecía y sigo pensándolo así. A la bandera, la acepté más que nada por presión social y familiar. La religión me acogió de buena manera, pero a la vez comenzaron a presentarse sobre mí muchas preguntas sin respuestas, en donde pasado el tiempo ya no me sentía cómoda. Esto fue una clara experiencia en donde no tenía ni voz ni voto sobre mí: decidí silenciar tantas cosas que sentía y pensaba por una cuestión sobre qué dirían los demás y también por un tipo de orgullo extraño que provenía de mi familia.

Me doy cuenta de que todo por lo que pase lo puedo ver de otra manera, aquello que llegué a hacer para cumplir y dejar satisfechos a los demás fue ser un soldadito más en un lugar en donde se pretendía ser eso, donde el respeto a la religión y el comportarse era lo primordial, donde te felicitan por seguir ese camino, al cual yo lo llamo sarcásticamente “el camino del bien”, porque para aquellas personas que me educaron, ya sea en el colegio o en mi familia, ese era el logro máximo que anhelaban con tanto entusiasmo. Todos aquellos logros bien vistos para los demás, eran solo eso, para los demás, ya que, dentro de mí, sentía que no podía llenar un vacío que me recorría por dentro. Así me recuerdo en mi pasado, como un soldadito cumplidor de todo lo impuesto, olvidándome claramente de aquello que realmente era o deseaba ser, porque sabía que era otra cosa, pero vaya a saber qué, obedeciendo con toda aquella carga impuesta, ser una mujer cis heterosexual de buena familia y católica.

Claramente, ese vacío nunca se fue, y terminada la secundaria comencé la facultad y allí encontré un montón de posibilidades que nunca llegué a pensar que existían. Empezada la universidad, ya no era ni mi forma de vestir ni mi escasa feminidad, me encontré con otra cuestión de frontera, los pelos. La verdad es que jamás pensé que el cabello me traería problemas internos. Comencé a cortarme el pelo cada vez más corto solo porque me gustaba y eso trajo consecuencias, había gente que no podía llegar a distinguir si era una mujer o un varón. Al principio, me costó tanto aceptar que la mirada del otro sobre mí no debería tener peso alguno, pero ahí estaban esos comentarios rondando en mi cabeza una y otra vez. Además, también tuve inconvenientes con el vello, que para la sociedad el depilarse debe de ser sinónimo de “limpia”, cosas que antes las veían normales chocaban con seguir la norma y todo aquello

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



impuesto, y me empezaron a molestar. Entonces comencé nuevamente a cuestionarme ciertas actitudes frente a los demás, en cómo debería de ser mi cuerpo para cumplir ciertos estándares que no me apetecía llenar, para que dejen de existir esos ojos fantasmas que llegaban a ponerme en tela de juicio y hacerme sentir incompleta.

Además, me replanteé montones de veces sobre mi sexualidad y cómo podría impactar en las personas que me rodean. Al principio, fue difícil aceptar que ya no era una mujer cis heterosexual, que no deseo en un futuro ser madre ni tampoco lo quiero. Saltar y entrar en la zona del medio, de lo ciborg, fue algo súper importante en mi vida.

Así, con el paso de los años pasé mucho tiempo incómoda conmigo misma y con mi cuerpo, porque seguía pensando que era lo que me había tocado pasar, reprimiendo aquellas cosas que realmente me gustaban y quería hacer. Ahora puedo comprender esa incomodidad que me recorría por el cuerpo todo el tiempo, la puedo ver de una forma un poco más positiva, ya que me impulsó a salir de aquello en lo que no me sentía identificada y a no quedarme estática en ese lugar de una manera “conforme” con aquella realidad que me había tocado.

Hoy, a esa incomodidad la veo necesaria, ya que ella te impulsa a hacer y no parar, a conocer nuevas ideas que jamás encontrarías si no te abris a conocerlas, y te encuentras con que te gusta y terminas descubriendo nuevos horizontes en donde pensaste en que nunca sería parte. Hoy me permito preguntarme a mí misma: ¿y si ahora soy esto otro? ¿Y si me gusta esta otra forma?

Es por esto que cada paso o avance al encontrarme conmigo y con lo que me hace sentir cómoda lo relaciono con ser un ciborg, pertenezco al mundo ciborg, vivo cuestionándome ciertas cosas sobre las que debería ser o hacer, así permanezco en constante movimiento de ideas y me encuentro conmigo en montones de descubrimientos. Cuando pienso en el ciborg, me recuerdo a mí en diversos momentos de mi vida, en los que tuve que luchar con mis demonios internos y también con el exterior para llegar a lograr lo que soy ahora. Hoy que lo acepto, lo llevo con orgullo, y me interesa pensar en que las demás personas también lo pueden hacer, podemos ser más ciborgs y adentrarnos en las fronteras de aquello desconocido por muchos.

Para terminar, Haraway (2015) menciona que:

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



La escritura es, sobre todo, la tecnología de los ciborgs, superficies grabadas al aguafuerte en estos años finales del siglo XX. La política de los ciborgs es la lucha por el lenguaje y contra la comunicación perfecta, contra el código que traduce a la perfección todos los significados, el dogma central del falogocentrismo. Se debe a eso el que la política de los ciborgs insista en el ruido y sea partidaria de la polución, regodeándose en las fusiones ilegítimas de animal con máquina. Son estos acoplamientos los que hacen al Hombre y a la Mujer tan problemáticos, subvirtiendo la estructura del deseo, la fuerza imaginada para generar el lenguaje y el género, alterando la estructura y los modos de reproducción de la identidad 'occidental', de la naturaleza y de la cultura, del espejo y del ojo, del esclavo y del amo, del cuerpo y de la mente (p.68)

De este modo, la autora habla de la importancia que hay en la escritura, en donde la comunicación es la fórmula capaz de romper cualquier discurso de perfección y adoctrinamiento. Es una forma de expresión en donde podés liberar cada pedazo de tu ser y poder así mostrarlo ante el mundo, mostrar aquellas ideas que se escapan de un modelo perfecto, porque no hay perfección, sino que hay mentes capaces de ser moldeadas de determinadas maneras, y lo que hay que hacer para no caer en un formato universal es hacer ver a través de la escritura toda forma de ser.

Bibliografía

Haraway, D. Manifiesto ciborg, ciencia, tecnología y feminismo socialista a fines del siglo XX. Bocavularia ediciones, 2015.

MARÍA EMILIA GONZÁLEZ
emilia.gonzalez.0028@mi.unc.edu.ar

Nació en el año 2000, Córdoba Capital. Actualmente reside en el mismo lugar de nacimiento. Estudiante de primer año de la carrera de Licenciatura en Psicología en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba.

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2

Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)

